

C R Ó N I C A S



JAVIER VALDEZ CÁRDENAS

MALA- YERBA

La vida bajo el narco

EL CANTINERO Y EL BUCHÓN

No era un buchón cualquiera. Tenía ese vozarrón imponente. Barba tupida y cejón. Ese sombrero de lujo, esa piel blanca, coloradosa en pómulos y nariz, y esa mezcilla con final de botas, y cinto piteado. Todo un hombre: un macho.

Así le pareció al cantinero cuando empezó a ir al bar. Hizo migas con él porque ahí se quedaba, parado o sentado en la barra. Tomaba güisquis y cerveza. La buena, para hombres, como decía, era la roja, la tecate.

Ahí se quedaba horas. Y mientras él tomaba y el cantinero preparaba otras bebidas y atendía clientes, surgía la conversación: le contaba sus proezas en los negocios furtivos, la lana captada, los muertos embolsados a la vera del camino.

Las bromas fueron incluidas en ese río de palabras y anécdotas. Y entre güisquis y rojas tecates la relación fue adquiriendo más cercanía y confianza. Las visitas al bar fueron cada vez menos espaciadas. La conversación fue también más nutrida.

Te invito unas cervezas, nos vamos a dar la vuelta, a coto-rear; si quieres, espero a que salgas y nos vamos en la trocorna: yo invito.

El cantinero aceptó de inmediato: nomás aguántame a que me desocupe, como a eso de las once de la noche, y nos vamos.

Pistearon en la calle, dando vueltas, oyendo rolas de Los Alegres de la Sierra y Los Vega. El sonido del estéreo con emepetrés experimentó una transición a lo romántico y tocó el turno a Intocable. Aquel buchón pedestre y agreste transitó del corrido de matones güevudos y episodios sangrientos a las rolas de amor y quimeras, entre expresiones cursis y ver-sos fáciles. Y cantó: me-volví-un-romántiiicooo.

Terminaron en casa de él. Solos, el cantinero y el buchón. Era un caserón en lo alto de una loma; le faltaban muebles y habitantes a tanto espacio y eco, a ese mármol frío y fino y a esas puertas entreabiertas por las que no pasaba nadie.

Vivía solo. Le extrañó. Pistearon y siguió la música, güisquis y cerveza. Continuó berreando en su intento por cantar, se quitó el sombrero y las botas. Y empezó a llover; llovió diluviadamente en la ciudad.

No hay camiones, no pasan por ahí, y ya no es hora. El cantinero no traía carro ni forma de regresar a su casa. Quédate, le sugirió el buchón, puedes dormir en la recámara que quieras; yo aquí le paro, estoy muy cansado.

Entró al cuarto que estaba frente a la escalera. Entró y dudó en desnudarse. Se quedó en pantalones, sin camisa ni calcetines. Media hora. Medio pedo. No podía dormir. No así, de sopetón, en la casa de una persona que le caía bien, pero que no conocía del todo.

Toc-toc-toc. Era el buchón. Ingresó a la recámara y se instaló a la orilla de la cama: me siento muy solo, te necesito. Le soltó el sablazo: dormimos juntos y te pago; te doy mil dólares, o dos mil, lo que quieras.

Tartamudeó. Enmudeció. Sudó la cerveza. Apretó el bote. Bueno, pues. Pero nada más esta vez.

Volvieron a salir. Le insistió en el encuentro carnal. Dijo que sí; es la última, ¿eh? Yastuvo: tres mil dólares.

Y de nuevo. Y de nuevo. Entonces le dijo que no. El otro subió la oferta. Te digo que no: tengo familia, hijos, no quiero pedos; ai muere.

Y de nuevo llamadas, visitas al bar, mensajes, amenazas al teléfono celular. Lo abordó en la calle. No quiso subirse. Le sacó la pistola: súbete, cabrón, te voy a matar; te vienes conmigo o te mato.

Y fue. Fue la última: apareció con la sogá al cuello bajo el

JALES PELIGROSOS

árbol del patio de la casa de su mamá. En su carta póstuma dijo por qué.

Su esposa supo. Su mamá supo. Sus amigos supieron. El buchón también. Y se fue.